

Olga Buczek  
Maria Curie-Skłodowska University,  
Lublin, Poland

**La búsqueda de interlocutor en la novelística de  
Carmen Martín Gaité (*Entre visillos, El cuarto de atrás,  
Nubosidad variable*)**

En el presente artículo se propone un acercamiento conceptual a una de las teorías más importantes en la producción novelística de la autora española, Carmen Martín Gaité: la teoría del interlocutor. Basándonos en los textos teóricos de la escritora (artículos recogidos en *La búsqueda de interlocutor* y *El cuento de nunca acabar*), analizaremos su implantación en las novelas que son nuestro objeto de estudio y que representan diferentes etapas en la larga trayectoria novelística de la autora salmantina. Al mismo tiempo, apreciaremos la evolución de las formas de la búsqueda de comunicación, empezando por los intentos frustrados por parte de los personajes femeninos en *Entre visillos* (1958), pasando por el diálogo catártico con el *alter ego* de la protagonista en *El cuarto de atrás* (1978), y terminando en la comunicación lograda en *Nubosidad variable* (1992).

1. La teoría gaitéana del interlocutor

El motivo del interlocutor es una de las constantes en la obra literaria de Carmen Martín Gaité. Tanto los críticos como la misma escritora

reconocen la relevancia de este tema. La comunicación, pues, es vista como medio para alcanzar la realización personal y como primera de las necesidades del alma humana. La incomunicación, por su parte, engendra un deseo de encontrar a un interlocutor, aunque haya que inventarlo.

Antes de todo, para entender mejor en qué consiste una de las teorías literarias más personales de Martín Gaité, tenemos que remitirnos a sus ensayos teóricos recogidos en *La búsqueda de interlocutor* (Martín Gaité 2000) en los que expone sus ideas a propósito.

En el prólogo a la primera edición, la autora señala el objeto de todos los artículos unidos en el volumen:

La selección [de los artículos] creo que tiene cierta unidad; en todos ellos se roza profunda o lateralmente un asunto al que he comprobado que, más tarde o más temprano, acaba remitiendo cualquier posible reflexión sobre los conflictos humanos: el de la necesidad de espejo y de interlocución, se sepan o no buscar. Necesidad enmascarada por un cúmulo de circunstancias adversas y de interpretaciones falaces, pocas veces confesada y menos satisfecha, pero que nunca, aun cuando se reniegue agresivamente de ella, deja de condicionar, como último móvil, nuestros actos y nuestras omisiones. (Martín Gaité 2000: 7)

Lo que une todos los artículos es, desde luego, el deseo de romper la soledad y la necesidad de interlocutor. El más significativo de los ensayos es “La búsqueda de interlocutor” (Martín Gaité 2000: 23-32) en el que la salmantina reflexiona sobre la comunicación y la interlocución, así como sobre su importancia para la creación literaria.

Al principio del artículo, Martín Gaité constata que “las historias ya nacen como tales al contárselas uno a sí mismo, antes de que se presente la necesidad, que viene luego, de contárselas a otro”. En esta frase puntualiza que la fuente de cada narración es nuestra propia imaginación y el anhelo de interlocutor es posterior a la necesidad de inventar historias. Más adelante constata que lo que realmente nos empuja a buscar un destinatario de nuestras narraciones, es el deseo de romper la soledad.

Este afán por encontrar a un interlocutor está presente tanto en la narración oral como en la escrita. Martín Gaité pone de manifiesto las

diferencias entre los dos casos. En cuanto a la narración oral, el narrador tiene que enfrentarse con la dificultad de encontrar al buen oyente, porque “no da igual cualquier interlocutor”. Los que nos conocen, a menudo se muestran indiferentes frente a nuestras historias. Por eso tenemos que buscar unos “oídos finos”, propicios para escucharnos y entender lo que queremos transmitir. La autora cita en esta ocasión al padre Martín Sarmiento<sup>1</sup>: “La elocuencia no está en el que habla, sino en el que oye...; si no precede esta función en el que oye, no hay retórica que alcance”. En definitiva, si nuestro interlocutor no sabe escuchar prestando el máximo de atención, nuestros esfuerzos por ser entendidos y compartir “nuestras cosas” carecen de sentido. Además, con el interlocutor “oral” tropezamos con otra dificultad: la de las limitaciones espacio-temporales. No es posible, pues, que el amigo que quiera escucharnos, esté siempre disponible para que le contemos nuestras historias. Y cuando ya está listo a dedicarnos su tiempo, no siempre hallamos en los laberintos de la memoria lo que tanto queríamos contar, ya que “la sed de narrar y de escuchar” a veces no coinciden. Martín Gaité resume lo dicho anteriormente: “(...) si el interlocutor adecuado no aparece en el momento adecuado, la narración hablada no se da”.

Sin duda, la situación es diferente en el caso de la narración escrita. La diferencia principal reside en “la distinta capacidad que ofrece al sujeto para el ejercicio de la libertad”, porque si el narrador oral tiene que contar con las limitaciones de la realidad circundante, el narrador literario puede saltárselas, ya que *carta non erubescit* y siempre está a su disposición. Asimismo, si el interlocutor no aparece por escrito, podemos inventarlo. Teniendo en cuenta la cita anterior, también cabe subrayar la importancia que le da Martín Gaité a la palabra: es el poder liberador que nos permite expresar la esencia de nuestro ser.

Con esto llegamos a la tesis principal del ensayo: Martín Gaité afirma que la búsqueda de interlocutor constituye la fuerza motriz de toda literatura: “(...) nunca habría existido invención literaria alguna

---

<sup>1</sup> Martín Sarmiento, escritor y erudito benedictino español, perteneciente a la Ilustración.

si los hombres, saciados totalmente en su sed de comunicación, no hubieran llegado a conocer, con la soledad, el acuciante deseo de romperla”, y, más adelante, añade: “(...) se escribe y siempre se ha escrito desde una experimentada incomunicación y al encuentro de un oyente utópico”. Resumiendo, toda creación literaria tiene raíces en el deseo de interlocutor a quien dirigirse. En la mayoría de los casos, el interlocutor perfecto sólo está en nuestra mente como producto de la imaginación. De esta manera, el que escribe, se defiende de la incomunicación que sufre en la vida cotidiana.

En su ensayo, Martín Gaité subraya que la literatura no puede nacer del deber o del hastío, sino del gusto por narrar y de la necesidad de dar su opinión, contribuir a los cambios y decir “lo suyo” a través de la creación. Este afán permanece vivo incluso en las épocas de desencanto y escepticismo, cuando la duda de poder crear algo nuevo y valioso se puede resumir en la famosa frase *nihil novum sub sole*. El escritor sigue escribiendo, a pesar de todo, porque “cuanto más lo grite, desde su limitación y soledad, desde su subjetividad insatisfecha, más fuerza tendrá para atravesar un día esa muralla opresora que le sofoca”.

Sin embargo, la verdadera vida de la obra literaria empieza en el momento de su contacto con el público. Es el lector, pues, que la llena de significados y que la califica de *novum* o todo lo contrario. Con relación a este hecho, Martín Gaité cita a su amigo:

Piensa en el famoso Eureka (...). Hay un primer grito de alegría intransferible. En cuanto el viejo Arquímedes se sentó en la arena y al primer siciliano que pasaba por allí le detuvo con el brazo y le dijo: ‘Párate un momento y escucha’, empezó la función social del descubrimiento, pero éste nunca habría tenido lugar sin el afán placentero de la búsqueda. (Martín Gaité 2000: 32)

Esta anécdota le sirve a la escritora sobre todo para poner énfasis en la importancia de la misma búsqueda de un medio para expresar la esencia de sus sentimientos y opiniones. Es lo más placentero en todo el proceso de la creación. La esperanza del aplauso y la fe en el valor de lo que se crea, son de menor relevancia en el momento de escribir. El arte verdadero, pues, nace en soledad y es resultado de la búsqueda esperanzadora e incansable de la expresión exacta.

## 2. De la búsqueda frustrada al interlocutor soñado

En la novelística de Martín Gaité podemos apreciar una evolución en cuanto al tratamiento de la búsqueda de interlocutor y su resultado final. Como lo hemos señalado en el apartado anterior, la preocupación por la posibilidad de comunicación constituye el elemento central en la obra de la salmantina.

En *Entre visillos*, la búsqueda de interlocutor resulta frustrada, ya que el mundo en el que viven los protagonistas (y, sobre todo, LAS protagonistas), es un mundo de limitaciones, convencionalismos y de la sociedad de horizontes estrechos. Kathleen Glenn (1983 : 33-45) en su estudio de “hilos y ataduras” en la novelística gaitéana, insiste en el hecho de que la técnica expositiva (y no analítica) de las tres narraciones que alternan en la novela, refleja el aislamiento de los narradores de los demás miembros de la sociedad. Este aislamiento, desde luego, tiene origen en la experimentada incomunicación. En la provincia de los tiempos de Franco, todos los días se parecen, las relaciones interpersonales carecen de transcendencia, lo que queda reflejado en las conversaciones que se caracterizan por la superficialidad. Aunque los personajes se hablan sin parar, en realidad sus palabras son triviales y vacías. En la novela encontramos varios ejemplos de intentos de comunicarse, pero la mayoría de ellos fallan. Por ejemplo, cuando Gertru protesta que ella y su novio nunca hablan, su reacción es: “¿Pero de qué vamos a hablar, tonta?” (Martín Gaité 1984 : 183).

Las conversaciones que se escuchan en la provincia, se funden en un guión monotemático: instituto, paseos, fiestas, Casino... Los diálogos que llevan son insustanciales y en ningún momento consiguen romper la incomunicación. Tienen cierta función social (hacen relacionar a los personajes), pero no propician un discurso verdadero y liberador (Guerrero Solier 1992 : 319-331). Como ejemplo del mismo, podemos citar una de estas conversaciones:

- Anoche no estabas tú en el baile, ¿verdad? No te vi.
- ¿Pero no te he dicho que acabo de venir?
- ¿Venir de dónde?
- De San Sebastián.
- Ah, qué suerte, tú. Estaría estupendo.

También Natalia, una chica muy joven, en su diario expresa la sensación de estar desligada, en el sentido de comunicación, de la gente que la rodea. A lo largo de la novela observamos a esta chica intentando explicar a su familia y sus amigas el deseo de estudiar y de liberarse del ambiente sofocante del pueblo. Sin embargo, tras una conversación con su padre, llega a una triste conclusión: “No he conseguido que nos entendamos, he visto que es imposible” (Martín Gaité 1984 : 179).

La necesidad de Natalia de entablar comunicación encuentra una especie de realización en la amistad con Pablo Klein y bajo la forma del diario que escribe. Pablo Klein, su profesor de alemán, la anima a seguir estudiando y hacer carrera universitaria. El forastero entiende muy bien la sensación de la “otredad” en medio de la sociedad franquista. No obstante, el entendimiento que existe entre ellos, no tiene la misma importancia para los dos. Natalia describe sus conversaciones como algo trascendente, mientras que para Klein son incidentes sin relevancia (Glenn 1987-88 : 85-92): “Con aquella Natalia Ruiz Guilarte había hablado un día, al principio de curso, una vez que la acompañé hasta su casa, y algo me había contado de que quería estudiar carrera y no la dejaba su padre” (Martín Gaité 1984 : 163). Entonces, la comunicación *sensu stricto* no se da en este caso.

El diario de Natalia, por lo tanto, constituye una especie de “interlocutor inventado” conforme con las teorías de Martín Gaité, puestas de manifiesto en *La búsqueda de interlocutor*. El diario acompaña a Natalia en sus años de juventud y le trae consuelo en la incomunicación a la que vive sometida. Gracias al diario, la chica puede articular libremente sus convicciones como mujer y ciudadana, consciente de su valor.

Recapitulando, la búsqueda de interlocutor válido, en el caso de Natalia, ha sido infructuosa. El diálogo intrascendente entre los

jóvenes provincianos y la rutina diaria en *Entre visillos* no dejan espacio para la verdadera comunicación y todos los intentos de entablarla están condenados al fracaso.

Sin embargo, las ideas de Martín Gaité sobre el interlocutor perfecto encuentran su aplicación en *El cuarto de atrás*. Esta novela constituye por entero un homenaje a la comunicación oral y al diálogo liberador.

El “interlocutor soñado” de *El cuarto de atrás* es el activo colaborador en la obra de la redacción de la novela en la que interviene (Guerrero Solier 1992). El diálogo, pues, es el elemento estructurador de la materia narrada y, por otro lado, desempeña la función del mecanismo que lleva a la protagonista a reconocer la identidad propia y entenderla (Jurado Morales 2003: 176). La mujer que entabla la conversación con el visitante es sólo un personaje de ficción, no obstante, posee características de la misma autora.

La reivindicación de la figura del interlocutor se efectúa en *El cuarto de atrás* a través de un misterioso personaje que ha sido interpretado por los críticos como *alter ego* jungiano, periodista, diablo, un personaje de novela rosa inventado por C., hasta un interlocutor soñado (Palley 1980). Sobre todo, es un personaje misterioso que irradia cierto erotismo, conoce perfectamente la producción literaria de la protagonista y- lo más importante- nunca se deja identificar (salvo con el nombre de Alejandro) ni ella se interesa por saber quién es. Revisando varias suposiciones e interpretaciones posibles, podemos –siguiendo a Palley- llegar a una conclusión que

puede que (...) sea sencillamente ese interlocutor ideal, la persona con quien podemos compartir nuestros recuerdos y congojas más íntimos, el otro, imprescindible para la creación literaria, que Martín Gaité reclamaba en su ensayo (Palley 1980 : 22).

Al interlocutor de la novela le caracteriza la capacidad inusual de escuchar, lo que, a su vez, hace avivar lúcidamente los recuerdos de C. Lo vivido por la protagonista viene a su mente sin orden establecido, los recuerdos no aparecen cronológicamente, aunque la infancia y la primera juventud ocupan un lugar privilegiado en su memoria. Sin duda alguna, es el interlocutor que hace rescatar los recuerdos del

“cuarto de atrás” donde han permanecido callados durante mucho tiempo. Su mérito está en la manera de llevar la conversación, sin hacer caso a las circunstancias espacio-temporales, porque “el desorden en el que surgen los recuerdos es su única garantía” (Martín Gaité 1988a : 116).

El hecho de que ni las experiencias vitales ni los datos históricos estén ligados a las fechas concretas, supone el distanciamiento del misterioso visitante frente a lo cotidiano y rutinario. De esta manera, la figura del oyente propicia también la evasión del presente angustioso hacia el espontáneo desorden del pasado. La protagonista admite haber perdido “el miedo a la huella del tiempo” (Martín Gaité 1988a : 74), lo que, como consecuencia, la lleva al conocimiento de sí misma. En este sentido, las palabras del interlocutor y su facultad casi mágica de escuchar y de animar a hablar, tienen efecto liberador y catártico en la protagonista.

Curiosamente, algunos críticos insisten en la no existencia del dialogador en *El cuarto de atrás*. Basándose en las teorías del ensayo de Martín Gaité, sostienen que la búsqueda de interlocutor es mucho más importante que el encuentro, por eso, como afirma John Kronik, “quizás no hay otra alternativa que el ansia de dialogar y la invención imaginativa de un recipiente” (Kronik 1997 : 35). Según el crítico, el interlocutor de *El cuarto de atrás* es sólo “otra máscara de la dialogante” y por eso, podemos añadir, es tan perfecto. En esto, desde luego, coinciden Kronik y Palley: el hombre de negro tiene todas las características del interlocutor soñado.

Una de las condiciones de la conversación ideal es la presencia apasionada del hablante y oyente, vertebrada por el profundo entendimiento. Otros tres requisitos indispensables son: el interés, la comodidad y “la fluidez” de la conversación. Una vez dados estas circunstancias, la situación comunicativa es propicia para que empiece la conversación. El diálogo que se entabla en *El cuarto de atrás* es encarnación de las ideas expuestas en *El cuento de nunca acabar (apuntes sobre narración, el amor y la mentira)*:

Cuando al narrador y al oyente les une la pasión previa por acercarse a colaborar en el entendimiento de aquello mismo que la narración designa, el acercamiento



entre uno y otro será una consecuencia natural. Y vendrá sola, sin buscarla. El proceso contrario, el de las narraciones emprendidas con el primordial designio de despertar interés o amor no siempre lleva, en cambio, de forma tan inequívoca y certera al otro polo: al de contar las cosas bien. (Martín Gaité 1988b: 296)

El segundo requisito, la necesidad de despertar el interés del oyente, también queda cumplido. En la novela, C. consigue que Alejandro se interese por su creación literaria y por su vida en general. El entrevistador quiere conocer los motivos que animan a la protagonista a escribir, pregunta por algunas actuaciones suyas del pasado y desea saber su forma de entender el mundo que la rodea.

En la “buena conversación”, como acabamos de señalar, también es importante la comodidad del interlocutor, que tiene que sentirse a sus anchas hablando y escuchando. Debe ser dueño de su voluntad: oír si lo quiere, marcharse si así lo prefiere. La libertad de sus decisiones no puede ser limitada. Alejandro, pues, se siente muy cómodo en las condiciones espacio-temporales de la habitación acogedora de C. y bajo la noche mágica. Los dos protagonistas de la novela llevan una conversación sin darse cuenta del paso del tiempo. Están cómodos uno junto al otro, lo que, según Martín Gaité, es necesario para una interlocución placentera:

Lo primero que hay que averiguar es si el oyente se siente cómodo, y luego, si se sospecha que no, una de dos: o callarse o procurar que lo esté. Las narraciones gratas son las que no te sepultan ni te despojan del derecho a seguir las desde tu sitio. Dar libertad al oyente, es como dar libertad al amante. (Martín Gaité 1988b : 289)

El siguiente requisito para entablar una “buena conversación” es la falta de interrupción de las intervenciones de cada personaje. La novela está estructurada a partir del diálogo que se compone de las secuencias de oraciones de uno y las respuestas (reflexiones, divagaciones) del otro personaje que se completan y amplían mutuamente. Sin embargo, tenemos que distinguir entre la participación y la interrupción. Martín Gaité así explica la diferencia entre estos términos:

Unas veces el fallo está por parte del que cuenta, pero otras también- y no pocas- por parte del que escucha el cuento. No hay que confundir participación con

interrupción. Las interrupciones del oyente torpe y atolondrado derivan de su incapacidad para concentrarse en lo que va oyendo, de su prisa por recoger resúmenes, resultados. (...) Conviene frenar el impulso de interrumpir indiscriminadamente, aun a riesgo de perder, de momento, alguna cosa. (Martín Gaité 1988b : 293)

Es decir, el interlocutor tiene que ser fino y educado así como tener la capacidad de escuchar de manera que nos anime a contar. Sus intervenciones tienen que demostrar su interés por nuestras historias. Estas características son, desde luego, propias de Alejandro que en ningún momento de la conversación parece despistado o aburrido, sino todo lo contrario: se deja conocer como una persona que sabe escuchar y sostener el hilo de la conversación.

Resumiendo lo dicho anteriormente, podemos llegar a la conclusión que la función principal del interlocutor frente al otro personaje, es la de invitarle a reflexionar sobre su vida y sus actuaciones, lo que, en consecuencia, lleva a un conocimiento profundo de sí mismo. En una “buena conversación”, a modo de catarsis, nos deshacemos de los “demonios” del pasado para aceptar el presente y reconciliarse consigo mismo.

Algunos críticos<sup>2</sup> afirman la recurrencia de los temas determinados en toda la novelística de Martín Gaité. Uno de estos motivos es, sin duda, la búsqueda de interlocutor que lleva a la comunicación. Este tema ha sido recapitulado en *Nubosidad variable*, la novela ya de los tiempos de la libertad de palabra. Efectivamente, la novela sigue el camino trazado en las obras precedentes de Martín Gaité.

Las cuestiones de la comunicación son tratadas de nuevo, e igual como en *El cuarto de atrás*, tienen por objetivo el autodescubrimiento y la afirmación de la individualidad. Las dos voces narrativas –de Mariana y Sofía– se confiesan monologando en sus respectivos escritos (Mariana escribe cartas y Sofía, el diario). La elección de la forma epistolar tiene mucha importancia en la novela. En *Desde la ventana* Martín Gaité afirma que

---

<sup>2</sup> Véase: (Butler de Folley 1984: 18).

la forma epistolar ha debido ser para las mujeres la primera y más idónea manifestación de sus capacidades literarias (...). Es la búsqueda apasionada de ese 'tú' el hilo conductor del discurso femenino, el móvil primordial para quebrar la sensación de arrinconamiento. (Martín Gaité 1993: 47)

Según la escritora, la carta es la forma más propicia para expresar las inquietudes y toda la complejidad del alma de la mujer.

*Nubosidad variable* puede ser vista como el triunfo de la comunicación. El interlocutor perfecto es encarnado por la íntima amiga; en sus escritos Mariana y Sofía aprovechan las experiencias del pasado común y la amistad que las unía para darse cuenta- de sí a sí misma y a la otra- de su situación presente (Servén 1998 : 233-243). El interlocutor (o bien, la interlocutora) en la novela se caracteriza por el profundo conocimiento de la otra dialogante. Esto permite a las amigas crear su propio código secreto, cuya parte importantísima es el afán por las mismas lecturas. Sofía y Mariana en muchas ocasiones mencionan los pasajes del libro de Emily Brontë *Cumbres borrascosas* para referirse, en su contexto, a sus propias experiencias vitales. Ambas creen que la lectura de esta novela forma parte de su pasado común y la tratan como un medio por el cual pueden seguir comunicándose sus respectivas vivencias después de tantos años sin verse.

En las cartas de Mariana y el diario de Sofía aparecen muchas más referencias literarias a través de las cuales las dos amigas intentan explicarse mutuamente sus opiniones, experiencias y su situación presente. La afición a la literatura permite a estas mujeres formar un léxico compartido en el que se refleja la relación entre ellas.

Otro conocimiento del que disponen las interlocutoras en *Nubosidad variable* es un código privado, existente al margen del castellano común y corriente, de procedencia extraliteraria. Efectivamente, Sofía y Mariana poseen un léxico compartido que es fruto de su pasado común: por ejemplo, cuando utilizan la expresión "relato a perdigonadas", se refieren a un tipo de narración en el que se ignoran los puntos principales del interlocutor, y por los "copiomanuenses" entienden "copiadores de apuntes" de la Facultad.

Por otra parte, la incomunicación entre Sofía y su marido, Eduardo, es el efecto del rechazo u olvido del antiguo código creado en la pareja. La expresión “ir de pordiosera”, inventada hace años por el mismo Eduardo, y su significado de “vestir ropa desenfadada”, perdió para él su matiz positivo y cariñoso.

Iñaki Torre Fica (2000) afirma que *Nubosidad variable* es un ejemplo de lo que Martín Gaité en *Cuento de nunca acabar* denomina “la narración egocéntrica” (Martín Gaité 1988b: 67), ya que Sofía y Mariana, mujeres noveleras y excelentes interlocutoras, no sólo se cuentan recíprocamente sus vidas, sino –sobre todo- se las cuentan a sí mismas para recuperar sus señas de identidad. El interlocutor de la novela es “interlocutor-espejo” con función psicoanalítica, porque no sólo escucha y sostiene la conversación, sino que también refleja lo confesado, llevando al dialogante a la introspección y el descubrimiento de voces y deseos reprimidos. Torre Fica así resume la idea del interlocutor en *Nubosidad variable*: “El espejo psicoanalítico adquiere (...) una función que rebasa la mera proyección de un requerimiento compulsivo de audiencia”, es decir, posee elementos de nuestra identidad, participa en la narración del autodescubrimiento y, a su vez, su propia narración nos ayuda a comprender y completar la nuestra.

Rescapitulando, podemos afirmar que la búsqueda de interlocutor es el eje y la fuerza motriz de las novelas de Martín Gaité. En *Entre visillos*, esta búsqueda resulta frustrada, aunque la necesidad de dialogar le anima a Natalia a buscar otra alternativa: empieza a escribir un diario que le ayuda a madurar en sus convicciones y su manera de ver el mundo. Gracias al diario, la chica descubre sus verdaderos deseos y consigue precisar sus planes para el futuro. El poder de la palabra le alivia en los difíciles tiempos de la dictadura y en medio de una sociedad hermética y hostil.

Con la llegada de la democracia, el interlocutor “sale de la sombra” porque tiene que cumplir la misión del psicoanalista de su dialogante para, de esta manera, animarla a descubrirse a sí misma y deshacerse de los demonios del pasado. Así ocurre en *El cuarto de atrás*, donde el misterioso hombre de negro, al transcurrir una noche, mediante una

conversación catártica hace que la protagonista tome la conciencia del propio “yo” como mujer y como artista.

La recuperación de las señas de identidad a través de un diálogo libre y espontáneo tiene lugar también en *Nubosidad variable*. En esta novela intervienen dos interlocutoras de igual relevancia. El diálogo que se entabla entre ellas, no se da en la vida real, sino en las cartas y el diario que escriben simultáneamente, pensando una en la otra como destinataria.

Para concluir, podemos decir que el encuentro del interlocutor en las novelas de Martín Gaité, paradójicamente, es mucho menos importante que la misma búsqueda. La búsqueda, pues, implica el descubrimiento de la riqueza del mundo que llevamos dentro, del mundo de las palabras que son fundamentales para la libertad de cada ser humano.

Bibliografía :

- Butler de Folley, I. (1984): "Hacia un estudio del tiempo en la obra narrativa de Carmen Martín Gaité", en *Ínsula*, núm. 452-453.
- Martín Gaité, C. (1984): *Entre visillos*, Barcelona: Destino.
- (1988) *El cuarto de atrás*, Barcelona: Destino.
- (1988) *El cuento de nunca acabar (apuntes sobre narración, el amor y la mentira)*, Barcelona: Anagrama.
- (1992) *Nubosidad variable*, Barcelona: Anagrama.
- (1993) *Desde la ventana: enfoque femenino de la literatura española*, Madrid: Espasa Calpe.
- (2000) *La búsqueda de interlocutor*, Barcelona: Anagrama.
- Glenn, K.M.: "Hilos, ataduras y ruinas en la novelística de Carmen Martín Gaité" en Pérez, J.W. (1983, coord.): *Novelistas femeninas de la postguerra española*, Madrid: Ediciones Porrúa Turanzas, pp. 33-45.
- Glenn, K.M.(1987-88): "La posibilidad de diálogo: *Retahílas* de Carmen Martín Gaité", en *Explicación de textos literarios*, 16:2, pp. 85-92.
- Gould Levine, L. (1990): "Isabel Allende y Carmen Martín Gaité: el mundo al revés", en *Poder y Libertad*, Madrid, núm. 13.
- Guerrero Solier, E.(1992): "El interlocutor en la obra de Carmen Martín Gaité: búsqueda incesante", en *Revista Analecta Malacitana*, Universidad de Málaga, núm. XV, pp. 319-331.

- Jurado Morales, J. (2003): *La trayectoria narrativa de Carmen Martín Gaité (1925-2000)*, Madrid: Gredos.
- Kronik, J.W. : "La narrativa de Martín Gaité" en Martinell Gifre, E. (1997, coord.): *Al encuentro de Carmen Martín Gaité. Homenajes y bibliografía*, Barcelona: Universitat de Barcelona, pp. 27-38.
- Palley, J. (julio-agosto de 1980): "El interlocutor soñado de *El cuarto de atrás*", en *Ínsula*, núm. 404-405, p. 22.
- Servén, C. (1998): "La amistad entre mujeres en la narrativa femenina: Carmen Martín Gaité (1992) y Marina Mayoral (1994)", en *Dicenda*, núm. 16, pp. 233-243.
- Torre Fica, I.(2000): "Discurso femenino del autodescubrimiento en *Nubosidad variable*", en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, [http://www.ucm.es/info/especulo/cmgaite/ina\\_torre.html](http://www.ucm.es/info/especulo/cmgaite/ina_torre.html).